

Es mejor un ciego que un arrepentido porque el ciego solo anda con bastón, en cambio un arrepentido va con la biblia

*Mauricio Saavedra*

*“La curiosidad pudo más que el miedo  
Y no cerré los ojos”*

Jorge Luis Borges

Una luz verdosa manchaba los pliegues de la sábana, y alumbraba el sendero de una cucaracha. Él recordaba para buscar el motivo del agujero de bala en su frente, en su pasado de treinta años. Y encontró uno, pero no es del inicio y tampoco del final, solo era un ramillete de imágenes descoloridas e inocuas. Pero todo cambia con un agujero en la frente. Él, como una persona lúcida, sabía que esa bala no era sólo por un efecto lateral, aún más, él buscaba sus acciones que empujaron a esa bala por toda su cabeza y detenerse en el catre de la cama. En ese momento recordó un pasaje de sus once años, en el terreno baldío en los límites de la ciudad, el cual los muchachos del barrio utilizaban como cancha de fútbol. Era una planicie seca y sólo tenía un árbol, el Tío Willy, un árbol de ramas cómodas para escalar y jugar en las alturas de aquel roble. Con su gorro de Coquimbo Unido heredado de su abuelo y el gusto por el equipo filibustero, corría levantando polvo del peladero junto a sus tres amigos. A los amigos gustaban de trepar al Tío Willy, imaginándolo como un transbordador espacial; la rama más prominente era la cabina. Eran piratas espaciales en busca de oro marciano. Manuel, el del agujero, siempre era el artillero, y siempre rehusó el puesto de capitán y tripulante del trasbordador. Le gustaba la idea de destruir con el cañón de láser a las naves alienígenas y pensaba que era un trabajo más honroso para ser un buen pirata espacial. Un día de calor que apretaba, los tres

amigos, disfrutaban de invadir Plutón, mientras, Manuel, disparaba el cañón de láser, una nave enemiga lanzó un proyectil biológico lo que infiltró una criatura —una cucaracha— en su puesto de combate, la cogió, poniéndosela en el hombro del capitán de la nave, el cual en su desesperación por el pequeño alienígena, perdió el equilibrio y cayó al espacio exterior. El juego terminó ahí, con su amigo con la cabeza rota y su viaje en ambulancia. Tío Willy fue cortado de raíz por la familia en remedio de la pérdida de masa encefálica del capitán.

Solo podía usar su vista, las demás extremidades estaban muertas, sin movimiento y sin refrigeración. Un convoy de moscas navegaba en el husmo hecho vorágine, mareando al infortunado, que lo llevó a situarse en sus siete años de edad cuando su padre lo llevó a los juegos mecánicos locales.

— ¿Papá por qué mi mamá no vino con nosotros?— dijo Manuel, tirando de la solapa de la chaqueta marrón de su padre. —Tenía un fuerte dolor que le trepanaba la cabeza.—respondió el padre, continuando —Hijo, nuestra familia no está pasando por una buena situación económica, y tu madre ha estado muy nerviosa, provocándole esas malditas jaquecas. Te digo esto para que no le hagas pasar más problemas de los que ya tiene, además, quiero que empieces a tomar conciencia de los problemas de los adultos y así disfrutes tu infancia, ya que cuando crezcas, la vida, tu vida, ya no será como